

Capítulo III

REDUCCIÓN DE LA POBREZA E INTEGRACIÓN SOCIAL FRÁGIL

EN EL PRESENTE CAPÍTULO se examina el perfil de los hogares pobres costarricenses hacia el final del período de auge del modelo desarrollista. Se analiza la tesis de que Costa Rica alcanzó notables logros en materia de desarrollo social, favoreciendo procesos de integración social de amplio espectro. Sin embargo, no se logró abatir por completo a la pobreza, y surgió adicionalmente un segmento de hogares que alcanzaron a beneficiarse de los procesos de inclusión social amplia, aunque no lograron consolidar su posición social.

El capítulo se estructura en cuatro apartados. En el primero se analizan las tendencias del desarrollo social costarricense entre 1950 y 1980 enfatizando en la evolución de la pobreza. En el segundo se examina el perfil de los hogares pobres al finalizar el período de expansión del modelo desarrollista. En el tercero se trata el tema de la persistencia de la pobreza en un contexto signado por políticas de integración de amplio alcance. Y, finalmente, se aborda el tema de los hogares que lograron superar la pobreza pero no consolidaron su nivel de bienestar social.

AMPLIA INTEGRACIÓN SOCIAL CON PERSISTENCIA DE POBREZA

En esta sección se analiza la capacidad de integración social del modelo desarrollista, tomando como base de análisis lo observado en 1980³⁹.

39 Inicialmente, se había previsto realizar el análisis con base en los datos de la Encuesta de Hogares de 1979. Sin embargo, los resultados mostraron inconsistencias estadísticas importantes por lo cual se decidió emplear la base de datos de 1980, la cual no presenta este problema.

Se considera que la información consignada para este año sintetiza lo acontecido en las tres décadas de auge del reformismo social⁴⁰.

La información presentada en el Cuadro 12 revela que, antes de entrar en crisis, el modelo desarrollista había mostrado una notoria capacidad de integración social. En 1980, poco más de dos terceras partes de los hogares reportaban tener sus necesidades básicas satisfechas, según la aproximación que de este concepto puede realizarse mediante el método de línea de pobreza. El dato contrasta de manera notoria con la incidencia de la pobreza a inicios de la década del sesenta, estimada en alrededor del 51% de los hogares (Céspedes y Jiménez, 1995)⁴¹. Puesto que en esa época Costa Rica era predominantemente rural (Mora, 1987) es posible concluir que, históricamente, la pobreza fue ante todo un fenómeno de orden rural, ligado a la existencia de productores campesinos familiares sumidos en lógicas de reproducción simple, o bien a la presencia de trabajadores agrícolas asalariados y jornaleros que percibían ingresos insuficientes para cubrir sus necesidades básicas.

Cuadro 12

Costa Rica. Hogares según condición de pobreza*, julio de 1980

Nivel de bienestar	Total	Porcentaje
No pobres	324.035	77,4
Pobres extremos (indigentes)	43.038	10,3
Pobres relativos	51.763	12,4
Total**	459.931	100

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples (EHPM).

* Método de línea de pobreza.

** No incluye 10.573 hogares por falta de reporte de ingresos.

Como hemos argumentado en los capítulos anteriores, el buen desempeño mostrado por Costa Rica en materia de reducción de la pobreza, en el período en estudio, fue el resultado de una estrategia económica que combinó dos tipos de política. Por un lado, una política distributiva, canalizada por medio de la ejecución de una política de salarios activos que tuvo dos componentes. En primer término, la fijación de un salario

40 Las Encuestas de Hogares se empezaron a realizar en Costa Rica en 1976. No existe otro tipo de base de datos previa a estos años para construir el análisis propuesto, salvo la información censal, la cual lamentablemente no nos permite realizar análisis de pobreza como los que presentamos aquí.

41 No existen estimaciones sobre la incidencia de la pobreza en Costa Rica para años previos. Sin embargo, puede suponerse que la situación era incluso más grave por cuanto las cifras de 1960 recogen ya los frutos del proceso de modernización productiva y desarrollo social acontecidos entre 1950 y 1960.

mínimo para una amplia gama de ocupaciones en el mercado laboral. Si bien la definición salarios mínimos remonta a la década del cuarenta, no fue sino hasta el período 1950-1980 cuando en realidad esta política se puso en práctica en el país (Cardozo, 1990). Mediante su adopción, el Estado asumió el compromiso de regular las condiciones laborales, en uno de sus componentes, la dimensión salarial, y mediante la definición de estándares en el campo logró vincular la remuneración de la fuerza laboral asalariada con una política explícitamente preocupada por su integración social. Por otro lado, y como complemento de la política anterior, se procuró adoptar una política de salarios reales crecientes, con lo cual se intentaba explícitamente que las remuneraciones al factor trabajo constituyeran tanto una vía de integración social, como un mecanismo de expansión del mercado interno. Esto último tendía a favorecer el dinamismo de los sectores productivos vinculados a este mercado, es decir, los sectores industriales y los sectores agrícolas que abastecían a la población nacional.

Los logros obtenidos a nivel histórico en materia de reducción de la pobreza, sintetizados en los indicadores del año 1980 presentes en el cuadro en estudio, fueron también el resultado de las políticas sociales del Estado. Por medio de estas políticas se amplió la cobertura de los servicios públicos universales, como educación y salud, incursionándose de manera directa en estas áreas a partir de la década del setenta. Para ello se fundó el Instituto Mixto de Ayuda Social, institución a la cual se le dio la responsabilidad de atender a la población más pobre, y el Fondo de Desarrollo Social y Asignaciones Familiares (FODESAF), con el fin de generar los recursos que se dedicarían al combate a la pobreza. Estas dos instituciones responden, con absoluta claridad, a un esfuerzo por identificar a los hogares pobres y canalizar recursos sociales adicionales a estas familias. Es preciso señalar que los programas desarrollados por estas instituciones no responden a la lógica política subyacente en las estrategias de focalización del gasto para el combate de la pobreza, hoy en boga en América Latina. Se trató del diseño e impulso de programas sociales selectivos, inscriptos en una estrategia de desarrollo social integral. Lo integral sería el resultado de un contexto nacional en el cual la política social buscó abiertamente su universalización y su incursión en diferentes terrenos (educación y salud prioritariamente, pero también vivienda, cultura y deporte). En definitiva, estos programas sociales fueron concebidos a partir de la constatación de que los frutos del desarrollo social y económico generado por el nuevo modelo de desarrollo no llegaban a un segmento de los hogares costarricenses. La identificación de este grupo social exigía al Estado el desarrollo de programas selectivos que complementaran las políticas económicas y sociales desarrollistas, con el objetivo de fomentar la integración de este

grupo social. Complementariedad y subordinación de los programas selectivos y focalizados a las políticas de bienestar de carácter universal constituyeron los rasgos sobresalientes de este tipo de intervención estatal en su fase inicial. Esto se suma a una preocupación explícita por brindar una respuesta institucional a las familias pobres que no se beneficiaban de las políticas de modernización en curso.

Aunque la información presentada en el Cuadro 12 muestra que la pobreza había alcanzado una incidencia relativamente baja en el contexto de auge del desarrollismo, es necesario observar que el fenómeno no había desaparecido. Efectivamente, la información confirma que, en 1980, 2 de cada 10 hogares costarricenses continúan siendo afectados por problemas de insuficiencia de ingresos para la satisfacción de sus necesidades básicas⁴². Lo cual nos lleva a cuestionarnos sobre el perfil sociodemográfico de estos hogares. Más en concreto, surge la pregunta sobre los rasgos más sobresalientes de las familias⁴³ que no se habían beneficiado del proceso de modernización productiva y desarrollo social acaecido en las tres décadas transcurridas entre 1950 y 1980.

EL PERFIL DE LA POBREZA PERFILES SOCIODEMOGRÁFICOS

Con ayuda de la información sintetizada en el Cuadro 13, se puede avanzar en la construcción del perfil sociodemográfico de los hogares pobres desde una perspectiva comparada, esto es, contrastando las características de estos hogares con las de aquellos que han logrado un nivel de integración social “satisfactorio”. La comparación se realiza considerando cinco indicadores que suelen marcar diferencias sustantivas para establecer la pregunta de cuán particulares son los rasgos que definen a los pobres, a saber: la relación de dependencia demográfica, el sexo de la jefatura del hogar, la zona y la región de residencia del hogar, como así también la escolaridad de los miembros laboralmente activos del hogar.

42 La mayoría de los estudios señalan que a finales de la década del setenta una cuarta parte de los hogares mostraba insuficiencia de ingresos para satisfacer sus necesidades básicas. Ver al respecto el trabajo de Céspedes y Jiménez (1995).

43 En adelante, la palabra familia se usa como sinónimo de hogar.

Cuadro 13

Costa Rica. Perfiles sociodemográficos de los hogares según nivel de integración, julio de 1980

Característica sociodemográfica	Hogar por nivel de integración			p<*
	Pobres	No pobres	Total	
Relación de dependencia demográfica (promedio)	1,15	0,65	0,76	.000
Sexo de la jefatura del hogar (%)				.020
Femenino	25,5	74,5	100	
Masculino	22,1	77,9	100	
Zona				.000
Rural	33,7	66,6	100	
Urbana	11,1	88,9	100	
Región				.000
Central	16,0	84,0	100	
Resto	38,9	61,1	100	
Escolaridad de la PEA (promedio de años)	4,36	7,22	6,57	.000

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EHPM.

* Prueba t para variables métricas y prueba chi-cuadrado para variables no métricas.

El primero de estos indicadores, la relación de dependencia demográfica, muestra la composición interna del hogar desde el punto de vista demográfico, es decir, considerando el peso que tienen en el hogar las personas que constituyen una carga por sus edades (menores de 12 y mayores de 64 años) en relación con las personas que están en edad de trabajar (12 a 64 años). Conforme este cociente se acerca a cero, esta relación es más favorable, y viceversa.

Tradicionalmente se ha considerado que uno de los rasgos básicos de los hogares pobres es el ser más numerosos que los hogares no pobres. Siendo que la desventaja procede no sólo de su tamaño, sino del hecho de que una proporción importante de sus integrantes se encuentran en edades en las que no pueden contribuir de forma significativa a la generación de recursos económicos para el hogar.

La situación observada en 1980 no muestra distancia con este perfil. Los datos confirman que, en promedio, los hogares pobres tienen una mayor carga demográfica en comparación con las familias no pobres. En este sentido, la carga de los primeros representa, en promedio, poco menos del doble que la de los segundos. Se confirma así que las familias pobres tienen una composición demográfica que les es desfavorable desde el punto de vista de la generación potencial de recursos económicos para la satisfacción de sus necesidades.

Esta información puede ser desagregada aún más. En promedio, los hogares pobres tienen un total de 6,13 miembros, mientras que los no pobres reportaron un total de 4,17 miembros. De igual manera, las familias pobres no son sólo más numerosas; también la presencia de niños (menores de 12 años) es mayor que entre los hogares no pobres. Mientras los primeros reportan un total de 2,6 menores en promedio por hogar, en los segundos el promedio respectivo se sitúa exactamente en la mitad del anterior (1,3). En cuanto a la presencia de adultos (12 a 64 años) y de adultos mayores (64 y más años) no se muestran diferencias sustantivas según nivel de pobreza de las familias, pues sus promedios se encuentran muy cercanos entre sí.

Un segundo indicador que exhibe la diferencia de perfiles entre los hogares pobres y los no pobres en el año 1980 lo constituye el nivel educativo formal alcanzado por la mano de obra de estos hogares. Los datos indican que, en promedio, la fuerza laboral de las unidades domésticas pobres tiene un nivel de educación que no alcanza a cubrir ni la primaria completa, en tanto que el promedio observado en los hogares no pobres se sitúa por encima de este umbral. La diferencia, en términos de años de educación de la fuerza laboral entre estos hogares (en términos promedio), se sitúa en alrededor de tres años a favor de la mano de obra de las familias no pobres⁴⁴.

En parte, las diferencias educativas entre la fuerza laboral de los hogares pobres y los no pobres indica también el acceso diferencial que estos grupos han tenido a la ampliación de la oferta educativa que tuvo lugar en el país, precisamente cuando la educación pública primaria se universalizó, y se amplió de manera significativa la cobertura de la educación secundaria. Si bien los datos nacionales hablan de que la educación pública a nivel de primaria estaba ya universalizada hacia fines de la década del ochenta, lo cierto es que el patrón diferenciado en los niveles educativos de los hogares pobres indica que estas familias no habían logrado beneficiarse plenamente del esfuerzo nacional en ese campo.

Un tercer indicador que suele mostrar diferencias importantes proviene de la presencia de mujeres en condición de jefatura de hogar. Lo primero que debe destacarse es que el fenómeno de la jefatura femenina ha estado circunscrito, históricamente, a un número minoritario de hogares. Durante el período comprendido entre 1950-1980, esta tendencia comenzó a variar como resultado de la creciente incorporación de la mujer en el mundo laboral, pero no llegó a manifestarse con mucha fuerza. En parte, porque en el modelo desarrollista continuó siendo predominante el modelo de jefe-proveedor; aunque debe reconocerse

44 En adelante, las expresiones hogar no pobre y hogar integrado se usan de manera intercambiable.

que en este período tuvo lugar un incremento significativo de la tasa de participación laboral de la mujer.

Consecuentemente, en el Cuadro 13 se observa que tanto entre los hogares pobres como entre los integrados predomina la jefatura masculina. Sin embargo, este mismo cuadro muestra con claridad que, ya para 1980, los hogares con jefatura femenina mostraban una mayor incidencia de pobreza en comparación con los que reportaban jefatura masculina. Se insinúa de esta manera que la presencia de familias donde el rol de liderazgo recaía en manos de una mujer tendía a asociarse más fuertemente con la pobreza, lo cual podría explicarse por dos razones. Primero, la ausencia de un perceptor de ingresos entre estas familias, pues la jefatura femenina suele estar presente en aquellos hogares donde no hay un hombre adulto que asuma el rol de proveedor principal. Segundo, una incorporación más desfavorable de estos hogares en los mercados de trabajo, en parte inducida por el hecho de que la principal perceptora de ingresos es una mujer. La inserción laboral de las mujeres ha estado signada, históricamente, por asimetrías de género que se expresan en una menor retribución salarial y en la penetración de segmentos ocupacionales de baja productividad.

Con independencia de las razones que expliquen este fenómeno, el hallazgo a subrayar es la presencia de una mayor proporción de hogares con jefatura femenina entre las familias pobres en comparación con los hogares de jefatura masculina, 25% y 22% respectivamente, siendo esta diferencia estadísticamente significativa. Es decir, se muestra la mayor prevalencia del fenómeno de la jefatura femenina entre los hogares pobres.

Si se toma una perspectiva socio-territorial, y el análisis del perfil se realiza considerando el lugar de residencia de los hogares, se observa que el promedio de familias pobres radicado en zonas rurales triplica al reportado en zonas urbanas. Mientras que en las zonas rurales 3 de cada 10 hogares permanecían en condición de pobreza, en las áreas urbanas esta relación era de 1 a 10, siendo estas diferencias estadísticamente significativas.

Este dato muestra en sí mismo los rasgos diferenciados del desarrollo social promovido en el contexto del modelo desarrollista. El desarrollo social costarricense de la posguerra tendió a centralizarse de manera predominante en áreas urbanas. Allí se concentraron no sólo las mejores oportunidades económicas y educativas, sino que también fue ese el espacio más privilegiado por los procesos de desarrollo social acontecidos durante este período. En el caso costarricense, la rápida urbanización ocurrida entre las décadas de 1950 y 1980 conllevó una notoria mejoría en la condición de integración social de los hogares radicados en estos espacios. No sucedió lo mismo con las zonas rura-

les. El desarrollo social llegó en menor proporción y a un ritmo más lento para la población que permaneció ligada a espacios rurales. Tanto que en 1980 la pobreza seguía siendo un fenómeno predominantemente rural. En términos proporcionales, este desarrollo social desigual se observa con mayor claridad al tener en cuenta que el 75% de los hogares pobres del país residía en una zona de tipo rural al finalizar el período de auge del desarrollismo.

Lo anterior se corrobora también si se considera la distribución espacial de los hogares pobres pero ahora desde un punto de vista regional. Así, la región central del país, corazón de los procesos de modernización política, institucional y social, y centro del proceso de urbanización, mostraba una menor proporción de hogares pobres en relación con el resto del país. Es precisamente en la Región Central, conformada por el Valle Central y territorios circunvecinos, donde se concentran las mayores oportunidades de desarrollo económico y los mercados laborales más dinámicos y diversos. Esta región se erigió como el ámbito de concentración del empleo público, la nueva economía de servicios y el empleo industrial. En síntesis, las actividades económicas más modernas y de mayor potencial económico se asentaron en este espacio socio-territorial. Luego, no resulta extraño que las familias pobres fueran las que se radicaron en las regiones de menor desarrollo productivo.

En suma, desde la perspectiva sociodemográfica puede concluirse que el perfil de los hogares pobres está asociado con una relación de dependencia demográfica más desfavorable; un menor nivel educativo de su fuerza laboral; un mayor peso de la jefatura femenina, y la residencia en zonas rurales y en las regiones periféricas. Muestra, adicionalmente, que los frutos del desarrollo social gestado como resultado del modelo desarrollista no se distribuyeron de forma equitativa en términos sociales ni espaciales. El desarrollo social alcanzado evidenció un marcado sesgo urbano. Las zonas rurales continuaron albergando la mayor proporción de hogares pobres.

PERFILES LABORALES

En materia de configuración de los mercados laborales, durante la fase de modernización nacional, el análisis debe efectuarse a partir de un enfoque que abogue por el reconocimiento de la heterogeneidad estructural. Entender el papel que jugó la heterogeneidad laboral en los procesos de reproducción de la pobreza, así como en el fomento de tendencias de inclusión social, se torna crítico.

Las heterogeneidades productivas y laborales se expresaban a un doble nivel. Por un lado, la propia heterogeneidad del mercado de trabajo donde el corte formal/informal era central ya que, como hemos argumen-

tado, los espacios urbanos constituían el núcleo medular de los procesos de modernización. Tal corte mostraba cómo funcionaba el excedente laboral en este tipo de mercado: si bien se generó un importante volumen de empleo asalariado en el sector formal (empresas grandes y de más alta productividad e instituciones estatales), el mismo fue insuficiente. Esto dio lugar a la formación de un excedente laboral de naturaleza estructural que para sobrevivir tuvo que autogenerar empleo (Mezzerá, 1987). Asimismo, es de gran relevancia tener presente que, en el contexto del modelo desarrollista, se permitió el desarrollo de un sector de empleo formal ligado a las empresas que mostraban dinamismo económico, capacidad de inversión tecnológica y atención de las regulaciones laborales, comúnmente denominado empleo formal. El empleo público aparece como la expresión laboral más desarrollada de las ocupaciones formales en toda América Latina. Costa Rica no es una excepción a esta regla.

En este contexto, el principal corte laboral se planteaba entre el empleo formal e informal en los espacios urbanos. Sin embargo, también se extendía a ámbitos laborales rurales, donde el corte entre sistemas de producción con capacidad acumulativa y sistemas de producción de subsistencia quedó sintetizado en las categorías de empleo agrícola moderno y empleo agrícola de subsistencia (PREALC, 1986). Estableciéndose una categorización básica que diferenciaba, en los mercados urbanos de trabajo, al sector formal del informal, y en los mercados rurales, al sector moderno agrícola del sector de subsistencia.

El reconocimiento de estas consideraciones analíticas nos ha llevado a proponer una metodología congruente con estos planteos. Los resultados obtenidos mediante un ejercicio de esta naturaleza se sintetizan en el Cuadro 14, que presenta la información siguiendo el modelo clásico de segmentación de los mercados laborales en América Latina durante la fase de desarrollo analizada. Es decir, un modelo que diferencia primero entre el empleo de base agrícola y el empleo no agrícola. En segundo lugar, clasifica los puestos de trabajo según nivel de productividad, estableciendo una diferencia básica: unidades productivas ligadas a lógicas de subsistencia (agricultura de subsistencia y sector informal urbano) y unidades productivas regidas por lógicas de acumulación (sector moderno agrícola y sector moderno urbano). En tercer lugar, y en el caso de las unidades productivas del último tipo, tanto agrícola como no agrícola, se diferencia según el nivel de regulación observado (moderno agrícola regulado vs. no regulado y formal urbano regulado vs. no regulado). En cuarto lugar, se identifica el empleo público como un sector con dinámica y perfil propios, el cual suele ser comúnmente agregado en el sector formal. Finalmente, se reconoce la presencia de un sector de la fuerza laboral que ha quedado excluido (temporal o estructu-

ralmente) del mercado laboral, caracterizándose entonces como un sector afectado por el desempleo⁴⁵.

Detrás de esta propuesta de segmentación de los mercados laborales subyace la premisa de que en Costa Rica, al igual que en la mayoría de los países de América Latina, los procesos de modernización productiva acontecidos en la segunda mitad del siglo XX dieron lugar a la persistencia de la heterogeneidad como rasgo estructural. Asimismo, que la capacidad de los distintos segmentos del mercado laboral para fomentar dinámicas de integración social es también desigual, a la espera de que los hogares no pobres logren una mayor inserción de su fuerza laboral en aquellos segmentos más modernos y de mayor nivel de regulación laboral, tanto en espacios rurales como urbanos.

Cuadro 14

Costa Rica. Perfil ocupacional de los hogares según nivel de pobreza, julio de 1980 (promedios)

Segmento ocupacional	Hogar			p<*
	Pobres	No pobres	Total	
Agricultura de subsistencia	0,55	0,19	0,27	.000
Moderno agrícola regulado	0,12	0,16	0,15	.013
Moderno agrícola no regulado	0,08	0,04	0,06	.000
Formal regulado	0,05	0,46	0,37	.000
Formal no regulado	0,08	0,11	0,10	.000
Informal	0,37	0,43	0,42	.005
Público	0,09	0,41	0,34	.000
Desempleados	0,21	0,08	0,11	.000

Fuente: Elaboración propia con base en datos de EHPM.

* Prueba t para variables métricas y prueba chi-cuadrado para variables no métricas.

La información presentada en el Cuadro 14 tiende a confirmar el perfil y, por tanto, las hipótesis de asociación bivariada entre la condición de pobreza del hogar y el ámbito en que se encuentra inserta su fuerza laboral, pero sólo a nivel agregado. Esto último por cuanto la información presenta perfiles promedio para ambos grupos de hogares (pobres y no pobres). Analicemos estos resultados con detenimiento.

Tres son los ámbitos ocupacionales en los cuales hay una mayor presencia de fuerza laboral proveniente de hogares pobres, a saber: agricultura de subsistencia, informal urbano y desempleo. Si bien este último no constituye un segmento del mercado laboral, sí es importante su consideración particular. Lo mismo puede decirse en otros términos,

45 Para la construcción metodológica de esta propuesta de segmentación, ver Anexo 2.

indicando que los hogares que movilizan su fuerza laboral de manera predominante hacia los sectores de menor productividad son los que tenderán a verse más afectados por el fenómeno de la pobreza.

De manera inversa, el cuadro también muestra que los hogares que logran activar estrategias de movilización de su fuerza laboral hacia los segmentos de mayor productividad y regulación lograron alcanzar un nivel de bienestar satisfactorio, al menos en cuanto a la consecución de ingresos suficientes para atender sus necesidades básicas.

Estos hallazgos parecen confirmar el perfil sociodemográfico en sus componentes espaciales, por cuanto, en el caso de zonas rurales, los hogares pobres concentran su fuerza laboral notoria y predominantemente en el segmento tipificado como agricultura de subsistencia. Siendo el promedio de fuerza laboral inserta en este tipo de ocupación el más elevado entre las familias pobres. Nos encontramos, en este caso, en presencia de hogares que se rigen por lógicas de producción familiar. Es decir, familias campesinas que han resistido el proceso de desarrollo del capitalismo en el agro sin beneficiarse del proceso de modernización (Mora, 1987; Rodríguez, 1993). Su reproducción como unidades campesinas ocurre en contextos de alta marginación, es decir, privados de los recursos económicos y productivos que les permitirían superar la pobreza. Muy probablemente, este grupo de hogares es el que se ha gestado como resultado de los procesos de recampesinización acontecidos entre 1960-1980, en territorios distantes del Valle Central. Estos procesos respondieron tanto a acciones de precarismo rural, como a políticas de reforma agraria inducidas desde el Estado (Román y Rivera, 1990). Tales políticas dieron viabilidad a la producción campesina bajo lógicas de subsistencia, pero fueron incapaces de promover una integración social efectiva de estas familias.

Varios autores han señalado que el núcleo duro de estas unidades campesinas se concentraba predominantemente en la producción de granos básicos, fundamentalmente maíz y frijol; mostraba una alta dependencia de los subsidios públicos para hacer de su producción una actividad viable en contextos de mercado; obtenía baja retribución de sus productos, como resultado de políticas que mantenían los precios de estos productos deprimidos para evitar un incremento en el costo de la fuerza laboral urbana; tenía dificultades para acceder a infraestructura productiva, debido a la lejanía de sus asentamientos de las principales vías de comunicación; y continuaba usando técnicas productivas de tipo tradicional (Mora, 1987; Solís, 1985; Rodríguez, 1993).

Por otro lado, también es notoria la presencia de un grupo de hogares pobres radicados en áreas urbanas. En este caso, la condición de pobreza del hogar se asocia con una fuerte presencia de su mano de obra en actividades consideradas informales. Sin embargo, hay que evitar una asociación mecánica entre informalidad y pobreza urbana,

pues también se observa que entre los hogares no pobres hay una alta concentración de fuerza laboral en este tipo de ocupación. De hecho, el promedio de fuerza laboral de los hogares no pobres en el sector informal es superior al observado entre los pobres. Es decir, el sector informal urbano era una fuente de empleo para la fuerza laboral tanto de hogares pobres como de hogares no pobres.

Tal comportamiento del sector informal como ámbito generador de privaciones en el caso de los hogares pobres, pero también como ámbito generador de integración en el caso de los hogares no pobres, responde fundamentalmente al carácter heterogéneo de las actividades que se concentran en este segmento laboral (Pérez Saínz y Menjívar, 1991). Este hecho es de gran significación. El sector informal se presenta como heterogéneo y polarizado. Por un lado, se manifiesta la presencia de una cierta economía de la pobreza, en la cual el autoempleo de subsistencia emerge como respuesta de los hogares para burlar situaciones de desempleo estructural. Por otro, se manifiesta la presencia de fuerza laboral proveniente de hogares sin insuficiencia de ingresos. Presumiblemente, en este caso estarían accediendo a puestos de trabajo que tendrían alguna capacidad de acumulación y, por tanto, de generación de bienestar social.

En el primer caso, es decir, hogares pobres con alta presencia de trabajadores en el sector informal urbano, es muy probable que se trate de familias que han recurrido al desarrollo de estrategias laborales de subsistencia con el fin de generar algunos ingresos para cubrir, aunque sea de forma parcial, sus necesidades básicas. Si bien estos hogares estarían subsanando el problema del desempleo abierto, también es probable que los empleos en que insertan su fuerza laboral no tengan el potencial y el dinamismo suficientes para generar bienestar. Se trata, por tanto, de una lógica de incorporación laboral que produce pobreza en el mundo urbano.

De igual forma, el desempleo debe ser catalogado como una dinámica que impide la integración laboral al tiempo que fomenta y reproduce el empobrecimiento. Si bien el desempleo abierto suele ser un problema que afecta en mayor proporción a la fuerza laboral radicada en zonas urbanas, este comportamiento no se reprodujo en el año bajo estudio. En 1980, la tasa de desempleo abierto para zonas rurales y zonas urbanas llegó al mismo nivel del 5,9%. No puede afirmarse que el desempleo abierto es un factor de exclusión laboral y reproducción de la pobreza que afecta con mayor énfasis a los hogares asentados en espacios urbanos. Presumiblemente, puede ser explicado con base en dos argumentos. Primero, el período 1950-1980, y en particular la década del setenta, se caracterizó por mostrar niveles muy bajos de desempleo abierto en el país, resultado de la expansión de la oferta de empleo en

toda la economía. Este comportamiento parece estar influido por el desarrollo de actividades productivas de base urbana (industria, servicios y comercio), pero también, probablemente, por las actividades modernas de la agricultura de exportación. Piénsese, en este último caso, en la expansión de productos como café, banano y especialmente azúcar, actividades pecuarias y otros productos agrícolas (hortalizas, legumbres, etc.) destinados al consumo local, acontecida a lo largo de las décadas comprendidas entre 1950 y 1980. Como ha sido ampliamente documentado, tal patrón histórico se agotó con la crisis de la deuda externa, que, en el caso costarricense, encontró su punto más álgido en 1982.

En el mismo cuadro también pueden observarse, de manera indirecta, los movimientos de los hogares no pobres en cuanto a la inserción de su fuerza laboral en el mercado de trabajo. En este caso, los hallazgos más relevantes indican que, a diferencia de las familias pobres, estos hogares movilizan su fuerza laboral principalmente en los sectores de mayor productividad y nivel de regulación. Se destacan las siguientes diferencias. La fuerza de trabajo de las familias no pobres se tiende a concentrar en torno a tres tipos de inserciones laborales: el empleo formal regulado; el empleo informal (presumiblemente dinámico), y el empleo público. Estas tres actividades tienen en común que se encuentran concentradas en espacios urbanos. De hecho, la construcción de los segmentos laborales responde a este criterio. El único caso en que esto no es así es en el empleo público. Históricamente, este tipo de empleo se centralizó en el medio urbano y, en particular, en la Región Central del país. Los datos de 1980 confirman esta información, pues de los 142.271 trabajadores del sector público consignados en la Encuesta de Hogares, el 70% se localizaba en zonas urbanas; y a nivel regional, el 79% de estos trabajadores se encontraban radicados en la Región Central del país.

Es decir, la información estadística permite sustentar la existencia de una asociación entre las posibilidades de integración social y la incorporación laboral en los sectores más modernos del mercado de trabajo. En consecuencia, habría que señalar que la modernización tuvo un efecto positivo en el nivel de bienestar para todos aquellos hogares que, en la fase de desarrollo analizada, lograron insertar a sus integrantes en los sectores vinculados con mayor nivel de productividad, regulación laboral y, probablemente, capacidad acumulativa.

Esta conclusión es válida incluso para lo observado en el mundo rural. Aquí, es notorio que los hogares no pobres insertan menos fuerza laboral en los segmentos de subsistencia. Sus recursos laborales se han ligado a las actividades de alta productividad, mayor nivel de acumulación y mayor grado de regulación laboral. Son precisamente estas actividades productivas las que, en el caso del mercado laboral

rural, parecen haber tenido mayor capacidad de fomentar dinámicas de integración social.

Finalmente, es preciso destacar que la fuerza laboral de los hogares no pobres aparece, en términos proporcionales, menos afectada que la de las familias pobres por problemas de desocupación. Es decir, los primeros no sólo han logrado integrar su fuerza laboral en los sectores más modernos y dinámicos, sino que también muestran mayor *eficiencia* en cuanto al uso efectivo de los recursos laborales de que disponen. El desempleo golpea con mayor fuerza a los hogares pobres. De esto se concluye que la falta de oportunidades laborales, la insuficiente remuneración del trabajo y la autogeneración de empleos de subsistencia constituyen mecanismos laborales que favorecieron históricamente la reproducción de la pobreza en el país.

FACTORES CONDICIONANTES DE LA PROBABILIDAD DE POBREZA

El fomento de la integración social es, sin duda, uno de los rasgos más destacados del desarrollo histórico de la posguerra y uno de los frutos más notorios del modelo desarrollista impulsado entre 1950 y 1980. Traducido en términos sociales, este proceso se expresó, como ya se ha comentado, en una significativa reducción de la pobreza. De igual modo, el período estuvo caracterizado por la existencia de un proceso de movilidad social ascendente que propició la conformación de un amplio estrato de sectores medios.

Un contexto institucional favorable a la movilidad social ascendente, caracterizado por políticas activas de desarrollo social y combate a la pobreza, podría inducir a pensar que los hogares que superan los umbrales básicos de bienestar social tienen una posición social consolidada. O, lo que es lo mismo, que la barrera social a superar para acceder a niveles de bienestar socialmente aceptables es la superación de la pobreza. Si bien es cierto que este constituye un primer paso en la ruta del desarrollo social, también lo es el hecho de que no todos los hogares que logran superar la pobreza muestran una condición de integración social consolidada.

En un contexto de movilidad social ascendente, este problema tiende a soslayarse. La razón es que el contexto social, tanto como la lógica subyacente en el modelo productivo, desencadena dinámicas expansivas de integración social. Sin embargo, es preciso reconocer que en el proceso de integración social no todos los hogares se sitúan en un mismo nivel. Al menos, es posible observar la presencia de un grupo de familias que muestran insuficiencias en su nivel de integración social. Se trata no de una integración deficiente, como la observada en el caso de los hogares pobres, sino de una integración no consolidada o restringida. Esto implica reconocer que, aunque las familias hubiesen podido

insertarse en una posición intermedia en la estructura productiva y social, el proceso de reinserción no es lo suficientemente dinámico o sólido como para garantizar que no se sufrirán reveses significativos en contextos de recesión económica.

Lo importante a tener en cuenta es que, en la fase de desarrollo caracterizada por la modernización nacional, y por el alto intervencionismo estatal (tanto en lo económico como en lo social), el contexto global no mostraba signos de comportamiento negativo. Consecuentemente, la integración social no consolidada no se tradujo en riesgo de empobrecimiento.

Sin embargo, el punto que se enfatiza es el hecho de que la dinámica de integración exhibida por Costa Rica en 1950-1980 mostró limitaciones en dos sentidos. Por un lado, propició la persistencia de modalidades de incorporación laboral que tienen una asociación positiva con la pobreza. Por otra parte, y de manera complementaria, también parece haber producido procesos de movilidad social *limitados o insuficientes*. Por tanto, se quiere llamar la atención sobre la existencia de un grupo de hogares que, a pesar de haber superado la línea de pobreza, se encuentran aún en una condición de integración social frágil o no consolidada. Esta debilidad en materia de integración se vio neutralizada, hasta finales de la década del setenta, gracias a un comportamiento económico favorable y a una activa política social que compensaba las limitaciones de arrastre de los procesos de modernización. La expansión de la red de seguridad social cumplió su cometido histórico, puesto que se constituyó en un mecanismo para mejorar las condiciones de vida y amortiguar el efecto negativo de eventos que podrían poner en peligro la adecuada reproducción social de las familias cubiertas por la seguridad social.

Para aislar al grupo de hogares que lograron mejorar sus condiciones de vida sin consolidar su posición social, es necesario romper la estratificación rígida que separa a los hogares en tres estratos: los pobres extremos, los pobres relativos y los no pobres, reconociendo que este último grupo es muy heterogéneo. En su interior se encuentra el grupo de familias que nos interesa auscultar.

Para identificar a este grupo de familias se debe optar por un enfoque probabilístico, ya que estamos en presencia de hogares que han superado las carencias básicas. En este sentido, el estudio tendría que centrarse en el análisis de los factores condicionantes de la pobreza. Para realizar esta labor debe optarse por un enfoque de análisis estadístico multivariado, toda vez que los condicionantes de la probabilidad de ser pobre son múltiples. Esto supone desarrollar un ejercicio metodológico estructurado en tres momentos. En primer lugar, identificar los factores que condicionan la probabilidad de que un hogar no pobre

pueda experimentar un proceso de movilidad social descendente hasta llegar a ubicarse por debajo del umbral de pobreza seleccionado. En segundo término, estimar para todos los hogares no pobres la probabilidad de que este evento ocurra, usando como factores predictores las variables estadísticamente significativas consideradas en el modelo anterior. Finalmente, identificar un punto de corte en la distribución de probabilidades que permita diferenciar a los hogares no pobres con baja probabilidad de llegar a ser pobres de aquellos otros en los que acontece lo opuesto⁴⁶.

En esta sección se abordan los resultados obtenidos en el proceso de investigación al realizar los primeros dos pasos. El tercero se tratará en la sección siguiente.

El Cuadro 15 sintetiza la información obtenida al ajustar un modelo de regresión logística que estima la probabilidad de un hogar de ser pobre. Como hemos señalado, la pobreza se define por método de línea de ingreso. La variable dependiente de este modelo es dicotómica. Los hogares pobres se han clasificado como el grupo 1. Los hogares no pobres, como el grupo 0. El modelo estima la probabilidad que tienen los hogares de pasar del grupo 0 al grupo 1, a partir de la ecuación de regresión logística (ver Anexo 1).

El cuadro identifica las variables que hipotéticamente inciden sobre la probabilidad de que este evento se presente, controlando los efectos del conjunto de las variables explicativas, como es típico en los modelos de regresión multivariados. Las variables predictoras de la probabilidad corresponden, en sentido estricto, a las mismas empleadas en la sección anterior para construir los perfiles de los hogares pobres y no pobres, con excepción de las variables socio-territoriales. Estas han sido omitidas porque su introducción en el modelo distorsionaría el efecto de las variables laborales. Ya que se mide pobreza con base en el método del ingreso, los efectos de las variables laborales deben ser estimados de la forma más precisa posible. Como resultado, tenemos entonces que el modelo de regresión se compone de dos bloques de variables. El primero identifica los atributos sociodemográficos de los hogares. El segundo grupo está referido al efecto que produce la incorporación de fuerza laboral de las familias en los distintos segmentos del mercado de trabajo sobre la probabilidad de que un hogar descienda hasta el nivel de pobreza.

46 En adelante, a los hogares que reportan baja probabilidad de caer en la pobreza se los denomina hogares con integración social consolidada. Mientras que a los hogares con alta probabilidad de descender por debajo de la línea de pobreza se los llama hogares con integración social restringida o no consolidada.

Antes de analizar los resultados sustantivos sintetizados en este cuadro, es necesario precisar que los estadísticos de bondad de ajuste indican que se está frente a un modelo teórico que es significativo, o sea, que tiene capacidad de predecir la probabilidad de que un hogar descienda al nivel de pobreza ($-2LL = 4363.553$, con una significancia estadística de F de .000). Los pseudo R-cuadrados, los índices de Cox y Snell y Nagelkerke indican que el modelo logra explicar entre un 27,3% y un 41,6%, respectivamente, la reducción de los errores de predicción, lo cual se considera un nivel alto si se tiene en cuenta que se está operando con una base de datos desagregada a nivel de hogares, con lo que la intervianza es muy elevada. Finalmente, y quizás lo más significativo para nuestro caso, es que se trata de un modelo que muestra un alto grado de equilibrio (balance) para predecir la condición de los hogares pobres y la de los no pobres. Es decir, el porcentaje de aciertos de predicción (78,8%) es un promedio que no está sesgado. El modelo logra predecir bastante bien cuándo un hogar es pobre (78,5%) tanto como cuando no lo es (78,6%). En síntesis, se trata de un modelo de regresión que cumple con los estándares básicos de calidad y, por tanto, puede ser analizado sustantivamente. El punto de corte de la distribución de probabilidades estimada que optimiza la correcta clasificación de los casos fue de 0,27. Este criterio representa un valor numérico empleado por el modelo para clasificar los hogares en uno u otro grupo, e identifica el nivel en la distribución de probabilidades que genera la menor cantidad de errores de predicción de la condición de pobreza o no pobreza de los hogares. Si se quiere, es el punto en que se maximiza la correcta predicción de la condición de bienestar de los hogares observada. Si el hogar tiene una probabilidad inferior a 0,27, el modelo de regresión lo clasifica como no pobre. Cuando es igual o mayor a este valor, lo clasifica como pobre.

Cuadro 15a

Costa Rica. Regresión logística de probabilidad de pobreza a partir de predictores seleccionados, julio de 1980

Variable	Coefficiente (B)	Desviación estándar	Significancia
Relación de dependencia demográfica	0,321	0,038	.000
Jefatura femenina	0,283	0,106	.008
Promedio de escolaridad de la PEA del hogar	-0,169	0,014	.000
Sector de agricultura de subsistencia	0,130	0,051	.011
Sector moderno agrícola regulado	-0,886	0,098	.000
Sector moderno agrícola no regulado	-0,094	0,723	.395
Sector formal regulado	-2,418	0,139	.000

Cuadro 15a [continuación]

Variable	Coefficiente (B)	Desviación estándar	Significancia
Sector formal no regulado	-0,416	0,118	.000
Sector informal	-0,543	0,066	.000
Sector público	-1,628	0,116	.000
Desempleados	1,375	.103	.000
No clasificados	.502	.253	.047
Constante	.358	.110	.001
-2LL	4451.073	chi-cuadrado modelo = 1896.2	P. = .000
Cox y Snell R-cuadrado	.273		
Nagelkerke R-cuadrado	.416		

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EHPM.

Cuadro 15b
Costa Rica. Tabla de clasificación (eficiencia predictiva del modelo), julio de 1980

Observados	Predichos		Porcentaje correcto
	0	1	
0	3.642	964	79,1
1	296	1.045	77,9
Total			78,8

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EHPM.

El análisis de los resultados sustantivos del modelo es relativamente sencillo en el caso de las variables sociodemográficas y socio-territoriales. Un tanto más complejo resulta el caso de las variables laborales. Téngase presente que se está tratando de estimar la probabilidad de que un hogar no pobre se pauperice. Es decir, la unidad básica de análisis es el hogar. ¿Qué conclusiones pueden extraerse de la información contenida en el cuadro bajo estudio?

En el caso de la carga demográfica de los hogares, el modelo de regresión revela que conforme esta se incrementa también lo hace la probabilidad de que los hogares no pobres pasen a formar parte del grupo de hogares pauperizados. El momio de esta variable, es decir, la razón de probabilidades⁴⁷, indica que, al incrementarse en una

⁴⁷ Los momios constituyen una razón de razones de probabilidad. Donde el nominador constituye la razón de probabilidad de que el evento acontezca, mientras que el denominador representa la razón de probabilidades de que el evento no se produzca. En sentido

unidad la carga demográfica del hogar, manteniendo bajo control los otros factores asociados con la probabilidad de ser pobre, la razón de probabilidad de que un hogar pase a formar parte del contingente de hogares pauperizados se incrementa en un 38%. El hallazgo corrobora la asociación entre pobreza y carga demográfica adversa. Conforme la relación del hogar entre personas potencialmente generadoras de ingresos y miembros dependientes se torna más adversa, mayor es la probabilidad de que una familia integrada se pauperice. Es evidente que esta es una condición que está afectada tanto por la estructura del hogar (tipo de hogar: extenso, nuclear, unipersonal) como por su ubicación en el ciclo de vida. Además, pone en evidencia que el problema de la pobreza no está relacionado con el tamaño del hogar en sí mismo, sino con la capacidad de sus miembros de ser integrados al mercado laboral como generadores de ingresos. Los hogares con alta presencia de personas que, por su edad o condición de salud, no pueden ser movilizadas al mercado laboral son los que presentan mayor riesgo de pobreza.

Es también notorio y relevante el efecto adverso que tiene sobre la probabilidad de que una familia sea pobre la condición de jefatura femenina. Cuando ello ocurre, en comparación con la jefatura masculina, la probabilidad de pobreza se incrementa ampliamente. La relación de momios indica que por cada hogar pobre con jefatura masculina existen 1,33 hogares con jefatura femenina. Es decir, estos últimos hogares tienen una probabilidad de ser pobres que supera a los hogares de jefatura masculina en un 33%.

Asimismo, a través de los atributos del hogar es posible observar lo que acontece con la probabilidad de pobreza de las familias considerando el nivel educativo promedio de su fuerza de trabajo. Esta es una variable construida como un índice cuyo valor inferior es 0 cuando los integrantes laboralmente activos del hogar no han cursado ningún nivel educativo, mientras que el valor máximo observado corresponde a 19, e indica que el recurso laboral del hogar ha alcanzado, en promedio, el mayor nivel de educación formal reportado. En este último caso se trataría de un hogar conformado por profesionales universitarios que han concluido su ciclo de estudios; mientras que en el extremo opuesto se encuentra una familia donde los integrantes laboralmente activos no ingresaron a la primaria. El signo del coeficiente marca la tendencia de la probabilidad en correspondencia con un aumento en el nivel educativo promedio de la fuerza laboral de la unidad doméstica. En este caso se observa que al incrementarse el primero descende la probabilidad de empobrecimiento de la familia.

estricto, estas razones de probabilidad estiman la magnitud del cambio en la probabilidad condicional de que un hogar se empobrezca.

Estos resultados revelan que los hogares más expuestos al empobrecimiento son aquellos que tienen recursos laborales de baja o nula calificación. Si estas familias pudiesen mejorar los niveles de calificación de sus miembros laboralmente activos, manteniendo constante el resto de factores explicativos, se reduciría su probabilidad de empobrecimiento.

Tal hallazgo es consistente con el conocimiento acumulado en materia de estudios de pobreza. Ha sido ampliamente probado que la pobreza varía en función del nivel de calificación de la fuerza laboral. La razón básica es que, para la mayoría de los casos, bajos niveles de calificación inducen inserciones desventajosas en el mercado laboral, las cuales no sólo están asociadas con problemas de falta de estabilidad y privaciones en la seguridad social sino, fundamentalmente, con una menor remuneración. Esto último es lo central, por cuanto el método de línea de pobreza evalúa la condición de integración social de los hogares, teniendo como variable central el ingreso per cápita del hogar.

Puede aquí hacerse una pequeña síntesis relacionada con el componente sociodemográfico de nuestro análisis. La mayor probabilidad de pobreza se concentra en hogares que tienen de manera simultánea los siguientes rasgos: mayor carga demográfica, jefatura femenina y bajo nivel educativo de su fuerza laboral. Cuanto más distantes estén los atributos de los hogares de este perfil, mayores serán las posibilidades de que el hogar llegue a formar parte del grupo de familias socialmente integradas.

Si se observa con cuidado, podrá notarse que los procesos de modernización social, por los que atravesó Costa Rica entre 1950 y 1980, tuvieron efectos sobre estos tres componentes. La modernización social implicó, después de 1965, reducciones progresivas en el tamaño promedio de los hogares, como resultado de la ampliación de los niveles educativos de la población, de una creciente incorporación de la mujer al mercado laboral y de una reducción en la tasa global de fecundidad⁴⁸. Por ejemplo, este último indicador pasó de 7% en 1955 a 3,7% en 1980. A nivel educativo, los cambios no fueron menos significativos. La tasa de analfabetismo se redujo de un 21,2% en 1953 a un 6,9% en 1984; los años promedio de educación de la población casi se duplicaron en el mismo período, pasando de 3,1 años en 1953 a 5,9 en 1984. La educación primaria se había prácticamente universalizado ya a inicios de la década del setenta y la cobertura de la educación secundaria pasó de 33,8% en 1970 a 60,9% en 1980⁴⁹.

48 La tasa global de fecundidad mide el promedio de hijos por mujer al término de la vida reproductiva.

49 Es muy probable que la cobertura de la educación secundaria también haya crecido de manera vertiginosa en el período 1950-1970, ya que es en este lapso cuando el país realiza esfuerzos por ampliar la oferta educativa en este nivel.

La identificación de rasgos sociodemográficos de los hogares que incrementan la probabilidad de pobreza muestra que estos atributos son el resultado de un proceso de modernización social inconcluso. No todos los hogares pudieron beneficiarse de los frutos de la modernización nacional, y es precisamente esto lo que parece haber situado a algunos hogares, hacia finales del proyecto desarrollista, en una condición de mayor riesgo social. Sin embargo, este riesgo tiene lugar en un contexto que marca una tendencia de control y reducción de los factores socio-demográficos que lo podrían activar. Por ende, durante la vigencia del modelo desarrollista, aunque el riesgo existía, las tendencias sociales desencadenadas por la modernización social y productiva se orientaban no sólo a mantenerlo bajo control, sino también a reducir su prevalencia para el conjunto de los hogares costarricenses. La excepción la constituyen los hogares pobres, donde el riesgo de pauperización no existía como tal. Para estas familias, la pobreza era una realidad consumada.

El segundo núcleo de variables incluido en el Cuadro 15a refiere a la incidencia que tienen diferentes inserciones laborales sobre la probabilidad de pobreza de los hogares. Los resultados permiten varias lecturas. Con fines analíticos se han organizado los resultados en torno a una lógica expositiva que privilegia en primer lugar la incidencia de las variables asociadas con el excedente laboral; segundo, con inserciones ligadas a los polos dinámicos del modelo de acumulación en vigencia en el año de estudio; y, finalmente, los sectores dinámicos que muestran deficiencias por el lado de la regulación laboral.

Los mercados de trabajo latinoamericanos, además de estar cruzados por la heterogeneidad productiva, fenómeno que como explicamos está presente en el modelo de segmentos laborales incorporados en la propuesta analítica, también están cruzados por la existencia de un contingente de fuerza de trabajo excedente.

En esos mercados, el excedente laboral asume tres modalidades. Primero, cuando la fuerza laboral no se integra por completo, el excedente asume la característica de desempleo abierto. El modelo de regresión indica que hogares con una alta concentración de fuerza laboral desempleada tienen una alta probabilidad de ser pobres. De hecho, en el análisis bivariado se observó una mayor presencia de desempleados entre los hogares pobres. El modelo de regresión corrobora que no se trata de una correlación espuria. Adicionalmente, establece que entre todas las variables consideradas en el modelo, el desempleo es la que más incide de forma negativa en procesos de pauperización de los hogares⁵⁰. En concreto, los resultados indican que la presencia de una sola persona del hogar desocupada incrementa la razón de probabili-

50 Esta conclusión se deriva del análisis de los momios estandarizados.

dades de pobreza en una relación de 3 a 1. Dicho en otros términos, las familias que reportan al menos 1 desempleado ven incrementadas sus probabilidades de pobreza en un 295%. Esto es así por cuanto para la mayoría de los hogares el principal, y en muchos casos el único, recurso que tienen para garantizar la satisfacción de sus necesidades básicas es su fuerza laboral. Por tanto, cuando las unidades domésticas no logran integrar de manera efectiva sus recursos en el mercado de trabajo, se incrementa notoriamente la probabilidad de empobrecimiento.

La segunda modalidad en que puede articularse el excedente laboral proviene de la presencia de unidades de reproducción simple en sistemas de producción agrícola. Específicamente, de la existencia de una economía campesina orientada por dinámicas de subsistencia. Se sabe que estos sistemas sociales de producción suelen movilizar más fuerza laboral de la que requerirían para atender de manera eficiente las tareas de la producción. Ello responde, en parte, a tres criterios. Primero, la imposibilidad de canalizar los recursos laborales del hogar hacia otros segmentos del mercado laboral, debido a la ausencia de fuentes de empleo alternativas. Segundo, la valorización de la reproducción de los sistemas y estilos de vida asociados con la lógica de producción campesina, lo cual puede tener un efecto que obstruye la circulación de la fuerza laboral de estos hogares hacia otros ámbitos del mercado laboral. Tercero, la existencia de una lógica de articulación funcional entre las unidades de producción campesina y las unidades de producción modernas, sustentadas en lógicas de acumulación. En este caso, la funcionalidad está garantizada porque en las unidades campesinas se concentra una fuerza laboral que puede ser movilizadada hacia las unidades de producción capitalista, cuando estas últimas lo requieren. Esto suele ocurrir en períodos de alta demanda de fuerza laboral. Piénsese, por ejemplo, en cultivos estacionales como el café, la caña de azúcar y similares. Como es sabido, esta funcionalidad deriva de que una parte significativa de los costos de reproducción social de la fuerza de trabajo es transferida hacia las unidades campesinas, incrementando por esta vía la rentabilidad de los establecimientos agrícolas modernos.

Los hallazgos observados muestran también que hogares que incorporan su fuerza laboral en segmentos de la economía campesina regidos por dinámicas de subsistencia poseen una mayor probabilidad de estar en condición de pobreza. Si bien esta condición es más favorable que la de desempleo abierto, no constituye una ruta de inserción laboral que favorezca procesos de integración social. El modelo indica, en este caso, que, al incrementarse la presencia de fuerza laboral del hogar en una unidad en las actividades de subsistencia agrícola, la probabilidad de pobreza aumenta en un 14%.

Por su parte, la tercera forma en que se expresa el excedente laboral tiene lugar en el ámbito urbano. Aquí, los procesos de industrialización acaecidos después de 1950, y particularmente después de la integración de Costa Rica al Mercado Común Centroamericano en 1963, fueron insuficientes para absorber la oferta laboral proveniente de los hogares (Esquivel, 1985). Oferta que se vio incrementada, en esos años, como resultado de los flujos migratorios rural-urbanos acelerados por la expansión económica y de las relaciones capitalistas de producción en la economía agrícola costarricense (Rodríguez, 1993; Solís, 1985) tanto como por el propio crecimiento demográfico. Téngase presente que entre 1950 y 1963 Costa Rica experimentó una tasa de crecimiento demográfico que se encontraba entre las más elevadas del mundo, lo cual llevó a que su población total pasara de 800.900 habitantes en 1950 a 1.336.300 en 1963 hasta alcanzar 1.871.000 en 1973. En poco más de 20 años la población se duplicó con creces, ejerciendo fuertes presiones sobre el mercado laboral de puestos de trabajo conforme las nuevas cohortes se fueron incorporando al mercado laboral en las décadas del sesenta y setenta.

La presión que estas tendencias demográficas ejercieron sobre el mercado laboral se ve reflejada en la evolución de la población en edad de trabajar. Este grupo creció a una tasa promedio anual de 2,9% a principios de la década del cincuenta; veinte años después, en la década del setenta, este crecimiento llegó a su máximo nivel histórico, expandiéndose a un ritmo de 4,2%, para iniciar también un vertiginoso descenso en las décadas siguientes.

En parte, esta creciente presión de la fuerza laboral sobre los mercados de trabajo fue compensada por la ampliación de los sistemas de enseñanza pública, en términos de cobertura (universalización de la primaria), lo cual retardó el ingreso de nuevos entrantes al mercado de trabajo. Sin embargo, las tendencias demográficas descritas, en conjunción con la escasa capacidad de absorción de una industria que favoreció la adopción de paquetes tecnológicos, terminaron generando el excedente laboral urbano. Confrontado a la necesidad de encontrar medios de subsistencia, un contingente de fuerza laboral desarrolló estrategias de autoempleo que terminaron alimentando la conformación del sector informal urbano. Este se viabilizó en el contexto del desarrollo comentado, por proveer bienes y servicios a sectores medios en expansión y a los sectores populares urbanos en gestación. Pero también por servir como fuente de reducción de costos laborales a las grandes empresas, que no dudaron en desarrollar redes de subcontratación mediante las cuales podían generar partes de su proceso productivo evadiendo las responsabilidades de regulación laboral existentes en aquel momento.

Ahora bien, los datos de 1980 indican que los hogares que movilizan su fuerza laboral hacia el sector informal urbano logran reducir su probabilidad de pobreza. En apariencia, esto parece contradecir las tesis en boga que asocian la informalidad urbana con la economía de la pobreza, y demanda una explicación más detallada. En efecto, si se analiza con cuidado se observa que la inserción de fuerza laboral en este tipo de actividad logra reducir la probabilidad de pobreza de un hogar en un 42%. Es muy probable que se explique, por un lado, porque estamos frente a un sector informal heterogéneo. Esto se mostró con claridad en el análisis bivariado realizado en la sección precedente. Allí se observó que la fuerza laboral de los hogares pobres y no pobres tiene una fuerte participación en el sector informal urbano. Es decir, este segmento cuenta con capacidad tanto para generar dinámicas de acumulación como de subsistencia. En el promedio agregado en el modelo de regresión parecen pesar más las dinámicas de acumulación que las de subsistencia. Es decir, estaríamos, al final del proceso de modernización en Costa Rica, frente a un sector informal que aún no había quedado cruzado por lógicas de subsistencia.

Tal hallazgo es comprensible, en parte, si se considera que este sector actúa en un contexto de expansión de la economía urbana y, particularmente, en un contexto signado por una política de salarios reales crecientes en el caso del sector formal. En términos sociales, también actúa en un contexto urbano que vio surgir y consolidarse un importante contingente de sectores medios. Presumiblemente, esto permitiría entender el comportamiento del modelo de regresión.

El comportamiento aparentemente atípico del sector informal urbano en Costa Rica, durante la fase de modernización del modelo de acumulación, lejos de contradecir el conocimiento de su actuación, lo corrobora. Diversos estudios han demostrado que, entre los países centroamericanos, Costa Rica es el caso en que menor incidencia cuantitativa tuvo la informalidad urbana, y al mismo tiempo es el país en que mayor capacidad de acumulación mostraba uno de los subgrupos que conforman este sector (Pérez Sáinz y Menjívar, 1991; Trejos, 1990). Es decir, la heterogeneidad interna del sector informal tenía lugar en un contexto de dinamismo económico y productivo de este tipo de actividades, lo cual explica su capacidad de reducción de la pobreza, en el nivel agregado. No hay que olvidar que los datos agregados sobre el promedio estarían soslayando la heterogeneidad, al disminuir el peso del sector informal signado por lógicas de subsistencia, como ya hemos analizado previamente.

Por otro lado, si se analiza el comportamiento de los sectores modernos del mercado laboral, se tiene como resultado que cuando los hogares movilizan su fuerza laboral hacia estos ámbitos es cuando menor

es la probabilidad de experimentar procesos de pauperización. El orden jerárquico parece establecer un ordenamiento según el cual los efectos positivos son menores para los sectores formales no regulados, tanto en el campo como en la ciudad. El efecto se incrementa entre los sectores formales, y alcanza su nivel máximo en el empleo público. Puesto que son estas inserciones laborales las que maximizan las posibilidades de integración social, cabe un análisis más detallado.

En el caso de la economía de base agrícola moderna, la inserción de los miembros de trabajo en establecimientos modernos que no garantizan el cumplimiento de la legislación laboral no tiene un saldo positivo sobre la probabilidad de pobreza. Si bien ello parece indicar que el empleo moderno agrícola no regulado no favorece procesos de integración social, esta lectura debe ser precavida, puesto que la significancia estadística de esta variable no es representativa ni incluso con un intervalo de confianza del 90%. Es decir, la inserción en este tipo de segmentos del mercado laboral tiene un efecto inocuo sobre la probabilidad de que un hogar sea o no pobre. En parte, esto se debe a que el peso de este segmento laboral es muy reducido. Ya en el análisis bivariado pudo observarse que los promedios de inserción de fuerza laboral del hogar en este tipo de segmentos eran los más bajos reportados en todo el mercado laboral. Ello explicaría el efecto indeterminado de este tipo de ocupaciones sobre la probabilidad de pobreza de los hogares.

Un comportamiento claramente diferenciado se observa cuando los hogares rurales logran insertar un contingente importante de fuerza laboral en las unidades productivas modernas, es decir, las orientadas por dinámicas de acumulación. Se trata tanto de sistemas productivos que contratan fuerza laboral, es decir, empresas agrícolas capitalistas, como de productores campesinos que lograron articularse al proceso de modernización productiva, ya sea que produjeran para el abastecimiento del mercado interno o que se ligaran directa o indirectamente a los productos de exportación. Como bien ha apuntado Jorge Mora (1987), este fue un fenómeno que también aconteció, dadas las políticas de protección desarrolladas por el Estado para promover la modernización de pequeños y medianos productores, especialmente, en las actividades que mostraban una gran concentración de este tipo de productor, como lo era el caso del café.

Los datos del Cuadro 15a muestran que si, un hogar logra insertar fuerza laboral en este segmento, la probabilidad de pobreza se reduce en aproximadamente un 60%. Siendo esta la única forma de integración laboral agrícola que fomenta procesos de integración social. En el campo, parece evidente que la reducción de la pobreza se produjo sólo cuando los hogares lograron articularse a los procesos de modernización productiva directamente, como pequeños y medianos

productores con una base productiva relativamente moderna, o indirectamente, mediante la inserción de fuerza laboral asalariada en las empresas regidas por lógicas de acumulación que además respetaban la regulación laboral.

En el caso de los segmentos modernos en los mercados de trabajo urbanos, el análisis debe sopesar el efecto de tres tipos de inserciones: el empleo formal no regulado, el empleo formal regulado y el empleo público.

En el primer caso, y contrariamente a lo observado en los mercados rurales, el empleo formal no regulado también logra reducir la probabilidad de que un hogar no pobre vea su condición de integración social deteriorarse. Debido a este tipo de inserción laboral, la probabilidad de pobreza se redujo en un 40%.

Una situación más favorable se observa cuando los recursos laborales de las familias urbanas se incorporaron en el empleo formal regulado. Este es el tipo de inserción que parece estar contribuyendo más a la reducción de la probabilidad de pobreza en la fase avanzada del proceso de modernización nacional. Se trata, sobre todo, de inserciones ocupacionales en establecimientos privados de mediano y gran tamaño, como así también en el empleo público. Insertar un integrante de la mano de obra familiar en este tipo de empleo implicaba que la razón de momios de la probabilidad de pobreza se reducía en un 91%.

La información señala que, en el mundo urbano, el empleo formal inducido por la diversificación y modernización productiva constituyó uno de los factores clave de la reducción de la pobreza acaecida en el contexto del modelo desarrollista. Resulta necesario volver a recordar que esto aconteció en el contexto de un sector formal urbano que hizo de la expansión del mercado interno su principal fuente de acumulación.

Finalmente, un efecto también muy favorable se observó cuando los hogares lograban integrar fuerza laboral en el sector público. En Costa Rica, al igual que en la mayoría de los países latinoamericanos, el empleo público constituyó el ámbito de mayor regulación laboral. Esto se tradujo en un mayor respeto a las leyes laborales, la organización de los trabajadores en sindicatos, el desarrollo de formas de negociación colectiva, estabilidad laboral y mayores salarios. Era esperable, en consecuencia, que la inserción de fuerza laboral en este segmento de la economía tuviera un saldo positivo en las posibilidades de reducción de la pobreza por parte de una familia.

Los momios indican que, si las familias insertan uno de sus miembros en el sector público y los demás condicionantes no se modifican, la razón de probabilidad de llegar a formar parte del grupo de hogares pobres se reducía en un 80%. Este efecto sólo fue superado por el empleo privado formal en ámbitos urbanos. Es muy probable

que el mejor desempeño de este último se deba a problemas respecto a la declaración de los ingresos de los funcionarios del sector público en el año estudiado, ya que en diversas investigaciones se ha determinado que el sector que mejor remuneraba la fuerza laboral era el empleo público (Valverde et al., 1993a; Cordero y Mora Salas, 1998; Pérez Sáinz y Mora Salas, 2004). Por su parte, los estudios sobre la conformación de los sectores medios indican que fue este el sector que más potencial tuvo para estimular el crecimiento del sector, precisamente porque las remuneraciones al factor trabajo eran –en términos promedio– más elevadas que en el ámbito privado (Vega, 2000; Castro, 1995).

Lo expuesto nos lleva a formular la siguiente conclusión. La reducción de la pobreza, producto de la movilización de la fuerza de trabajo de los hogares, tuvo lugar en los ámbitos laborales de mayor productividad, amplitud acumulativa y capacidad normativa. Lo contrario acontece cuando las familias incorporan su fuerza laboral en los segmentos de menor productividad y regidos por dinámicas de subsistencia, como es el caso típico del sector agrícola de economía tradicionalmente campesina. La excepción a esta tendencia la constituyó el sector informal, el cual se presenta como un ámbito de elevada heterogeneidad, pero inserto en un contexto económico y social que permite su dinamismo. Finalmente, la exclusión laboral, traducida como desempleo abierto, se constituyó en el principal factor de riesgo que incrementa de manera sustancial la probabilidad de pauperización de los hogares. Modernización productiva y regulación laboral parecen ser las claves del funcionamiento del mercado de trabajo que permitieron una mayor integración social.

EL RIESGO DE POBREZA DE LOS SECTORES MEDIOS

En este apartado se estudian los hogares que han logrado alcanzar un nivel de integración social a partir del cual las privaciones materiales generadas por la insuficiencia de ingresos han sido superadas, pero que no lograron consolidar una posición social intermedia en la estructura social. La hipótesis subyacente es que las transformaciones productivas y sociales acaecidas en el proceso de modernización promovieron una movilidad social ascendente restringida para un contingente significativo de hogares. Se trata de un grupo social que superó la pobreza pero no logró consolidar su nivel de integración social.

En términos sustantivos, lo anterior lleva a plantear la tesis de que la estratificación del bienestar social no puede circunscribirse a la tríada usualmente considerada en los estudios de pobreza: hogares indigentes, hogares pobres con necesidades básicas insatisfechas y hogares no pobres. El supuesto subyacente en este modelo analítico es que todos los hogares no pobres han superado la barrera de la integración

social. Este supuesto tiende a ignorar que existen familias que logran superar la pobreza mas no una posición intermedia en la estructura social. Aunque, como hemos sostenido a lo largo del texto, la integración social restringida se vio compensada en la fase del modelo desarrollista por cuanto el contexto social permitía amortiguar los factores de riesgo. La crisis de la deuda demostró que al cambiar el entorno social las propensiones de pauperización se concretaron, lanzando a un número muy amplio de hogares por debajo de la línea de pobreza.

La manera de acercarse al problema planteado es estimando, para cada hogar identificado como no pobre, la probabilidad de perder esta condición, es decir, de pasar a integrar el grupo de los hogares pauperizados. Tal estimación es posible si se dispone de un conjunto de variables que predican esta probabilidad. Esta es precisamente la segunda función metodológica del modelo de regresión logística comentado en la sección anterior. Con base en los resultados alcanzados en este modelo puede realizarse, hogar por hogar, tal predicción. Y, empleando un criterio interno al modelo, la optimización de la capacidad predictiva del modelo, puede identificarse un punto de corte en la distribución de probabilidad que permite diferenciar a los hogares integrados que muestran una baja probabilidad de pauperización de aquellos otros que muestran una alta probabilidad. Este grupo es el que, sostenemos, muestra un grado de integración social no consolidada. Pequeñas transformaciones al interior del hogar o en el contexto del mercado laboral pueden precipitar a estas familias hacia la pobreza.

Cuadro 16

Costa Rica. Hogares por nivel de integración, julio de 1980

Nivel de integración	Número de hogares	Porcentaje
Pobreza extrema	31.009	6,9
Pobreza relativa	65.492	14,6
Integración restringida	68.628	15,3
Integración consolidada	284.229	63,2
Total*	449.358	100

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EHPM.

* No incluye 10.573 hogares con ingreso indeterminado.

Los resultados derivados de este ejercicio se sintetizan en el Cuadro 16. Como puede observarse, es posible diferenciar los hogares integrados en dos grupos. El primero muestra un nivel de integración social restringida, es decir, aunque el grupo logró obtener ingresos suficientes para cubrir sus necesidades básicas, su perfil sociodemográfico y laboral mostraba una alta incidencia de los factores de riesgo. Este

grupo comprendía a quince de cada cien hogares con nivel de bienestar social conocido en 1980. El otro grupo, hogares integrados con posición social consolidada, es decir, con un perfil que generaba baja probabilidad de empobrecimiento, constituía el segmento mayoritario en el país. Seis de cada diez hogares habían alcanzado este umbral de bienestar, lo cual, a nuestro entender, es una síntesis de los logros sociales alcanzados por Costa Rica en el período de constitución y auge del modelo desarrollista.

La proporción de hogares con integración social restringida se incrementa a uno de cada cuatro hogares si se toma como universo de comparación el total de familias integradas. Es decir, si el análisis se realiza teniendo presentes sólo a los hogares que sí han satisfecho sus necesidades básicas; llamando la atención sobre el peso relativamente significativo de este grupo y planteando la pregunta de cuán específico es su perfil. El análisis revela que el grupo tiene un perfil más próximo al de las familias plenamente integradas y, en consecuencia, más distantes del perfil de los hogares pobres. Esto muestra que no se trata de un problema de estimación, sino de una clara diferenciación al interior del grupo de hogares integrados.

Por ejemplo, el ingreso per cápita promedio de los hogares plenamente integrados es 1,4 veces superior al de los hogares con integración social restringida, y el de estos, a su vez, es 3,8 veces superior al de los hogares ubicados en el estrato de pobreza relativa. Es decir, existe una mayor proximidad entre los dos primeros grupos.

Al analizar la distribución geográfica de las familias que conforman el estrato de integración social restringida, se repara en que el 82,1% de los hogares se ubican en la zona rural. En estos contextos, la integración social tuvo menor cobertura y fue menos profunda. Asimismo, esta constatación evidencia los rendimientos diferenciados de los procesos de modernización productiva y social en los contextos urbanos y rurales. Como se ha señalado anteriormente, en el caso del desarrollo rural, estos procesos dieron lugar a la conformación de un segmento de hogares que quedaron relegados de los frutos de este proceso.

Al analizar la composición de los hogares pobres se evidencia claramente que se trata, predominantemente, de un grupo localizado en zonas rurales y vinculado a actividades agropecuarias. Ahora, al estudiar la conformación del estrato de hogares con integración social restringida, se observa nuevamente la preponderancia del mundo rural.

La información sugiere que el estrato está compuesto, mayoritariamente, por hogares campesinos que lograron ligarse a procesos de modernización productiva, experimentando mejoras en sus niveles de bienestar social, pero que carecían de los recursos para dar el salto hacia la consolidación de sus niveles de vida.

Si se analiza el tipo de inserciones laborales predominante entre la fuerza laboral de este grupo de hogares, puede observarse que la inserción preponderante es en ocupaciones agrícolas que superaron la subsistencia, mas no alcanzaron a dinamizarse. Este dato parece fortalecer la hipótesis de que estamos frente a un grupo de unidades campesinas que lograron articularse al proceso de la modernización, aunque fueron relegadas a un segundo plano.

Es muy probable que el estrato analizado lo conformen familias campesinas que, gracias a las políticas rurales desarrollistas del Estado costarricense, lograron acceder a mayores recursos productivos y económicos. Esto les permitió contar con condiciones para abatir la pobreza, pero los situó en una posición de gran fragilidad social entre los grupos medios.

Téngase presente que, en este período, el Estado llevó adelante importantes programas de desarrollo agrícola. Algunos orientados al fomento de las capacidades productivas mediante el impulso de modalidades de asociación cooperativa. En otros casos, por medio del desarrollo de programas de extensión agrícola con el fin de propiciar el cambio en los sistemas productivos y los paquetes tecnológicos empleados por las familias campesinas.

Jorge Mora (1987) ha demostrado que gracias al desarrollo de este tipo de políticas un importante grupo de campesinos logró modernizar sus unidades productivas y pudo reinsertarse en la estructura social y productiva del país. El autor apunta que la promoción del movimiento cooperativo entre los productores campesinos cumplió un rol central en este proceso. Mediante este tipo de organización, familias campesinas accedieron a crédito, insumos, sistemas de comercialización, todo lo cual les permitió un mayor grado de integración social y productiva. Sin embargo, con excepción de aquellos que lograron vincularse a actividades de exportación, como en el caso del café, el resto siguió ocupando una posición subordinada en el proceso de modernización.

A nuestro entender, esta inserción subordinada en el proceso de modernización da lugar a la conformación del grupo de hogares que no lograron consolidar su nivel de integración social. Es importante en este punto hacer una salvedad: aunque este grupo se presenta al finalizar el proceso de modernización nacional como el más propenso a la pobreza, existen factores sociales y productivos que contrarrestan este patrón.

Como hemos indicado, se trata de un grupo conformado por productores campesinos que combinan lógicas de reproducción simple con lógicas de acumulación restringida. Este grupo tiene a su favor que dispone de un recurso productivo propio (tierra) y un referente cultural (sistema de valores) que le permiten desarrollar mecanismos de

protección durante fases de crisis. De esta manera, eventos disruptivos en la sociedad pueden ser tamizados por estos factores, atenuando sus impactos negativos. En resumen, la lógica de producción campesina resiste, al menos por un tiempo, procesos de pauperización transitorios, ya que la familia prioriza su reproducción social.

Tales planteos deben ser matizados en el caso de los contextos urbanos. Como se mencionó anteriormente, un subgrupo de hogares urbanos también está presente en el grupo de hogares con integración social restringida. Si bien se trata de un grupo minoritario, pues representan una quinta parte de los hogares de este grupo, su presencia no debe ser soslayada.

Si se toma este subgrupo como objeto de análisis se obtienen los siguientes resultados. Por lo general, los hogares urbanos que conforman este grupo insertan su fuerza de trabajo en el sector informal. Pero también muestran una presencia importante de desempleados entre sus miembros. Es decir, se trata de hogares que no están ligados a las actividades productivas de mayor capacidad acumulativa y dinamismo económico. En este sentido, tienen menos capacidad para superar la condición de integración social restringida. Esto exigiría movilizar todos sus recursos laborales de manera efectiva hacia las ocupaciones con potencial de integración social.

Es preciso recordar nuevamente que, en el caso del sector informal urbano de la época, el ingreso de responsabilidad social promedio equivalía al valor de 2 líneas de pobreza, lo cual refuerza que no se trata de un segmento de economía de la pobreza. Es esto precisamente lo que permite a muchos hogares situarse en este tipo de actividades y no quedar consumidos en los estratos de población pauperizados. No obstante, la situación del grupo bajo análisis no es la más favorable. El ingreso de responsabilidad social (promedio) de los trabajadores del sector informal de las familias del estrato de integración social restringida representa el 63% del promedio total de los trabajadores del sector informal. Es decir, los hogares con integración social restringida estarían distantes de las unidades productivas con capacidad de acumulación. Presumiblemente, se encontrarían insertos en actividades laborales que apenas tienen la capacidad de reproducción simple. Los datos disponibles no nos permiten contrastar esta hipótesis, pero la evidencia empírica apunta en esta dirección. Por ejemplo, de los trabajadores insertos en el sector informal provenientes de hogares con integración social restringida, la mitad (52,5%) tenía un ingreso de entre 1 y 2 líneas de pobreza.

Finalmente, debe tenerse presente que, hacia finales de la década del setenta, no existían políticas explícitas de fomento del sector informal. A nivel político, se consideraba que este sector representaba una

situación *transitoria*, y que el objetivo de las políticas de empleo era la apertura de puestos de trabajo en los sectores modernos y formales de la economía. En ausencia de políticas de promoción de las capacidades productivas de la pequeña producción, y en contextos marcados por la existencia de un excedente de fuerza laboral, al menos un segmento del sector informal, que quedó atrapado por lógicas de reproducción simple, presagiaba ya la emergencia del fenómeno del riesgo de empobrecimiento. Asegurar el nivel de bienestar social logrado traspasaba la capacidad de agencia de los hogares y los ubicaba en una posición de gran debilidad frente a la emergencia de crisis económicas.

A manera de conclusión, puede decirse que el rasgo más sobresaliente de los hogares que conforman el grupo de integración social restringida es la extracción rural-campesina de la mayoría de las familias comprendidas en este estrato. El fenómeno emerge como resultado de las tendencias de movilidad social ascendente que desencadenó el desarrollismo. Sostenemos que se trata de integración social restringida y no de riesgo, por cuanto el contexto socioeconómico de la época estaba signado por tendencias de movilidad social ascendente, políticas sociales de corte universal y políticas incluyentes de desarrollo rural. Estos factores actúan como mecanismos de reducción y contención de la pobreza. En ese contexto, la movilidad social descendente era un accidente producto de biografías particulares y no una tendencia social en curso.